

Ambientó el porche con una suave música y olvidó el desorden que dejaba en el bullicio de una capital populosa, asomada al silencio y la calma del campo. En el atardecer, en la hora precisa que había esperado, encendió la luz de los faroles. Mil antorchas alumbraban el ocaso en el cielo estrellado; el espectáculo que dejaba el sol al esconderse por el oeste era hermoso. Reinaba la calma.

Quitó el precinto de las solapas del cartón y ahí estaba el manuscrito del libro de Sara. En la primera página había una nota de papel escrita con bolígrafo azul de punta fina, con una escritura escrupulosa y limpia como ella acostumbraba a hacerlo.

Decía así:

“Querida Laura, obliga siempre a la realidad que responda a tus sueños. Continúa la lucha de abolir la frontera entre lo ilusorio y lo tangible. Vuela, crece, ten fuerza y sobre todo ten esperanzas, porque el paraíso está ahí a la vuelta de la esquina, un paso más adelante.

Todo depende de tu corazón... y si en algún momento sientes que has de reír o llorar hazlo, porque se puede ser feliz y estar triste al mismo tiempo; eso no es malo, incluso es necesario. Esa conjunción de sentimientos natural nos atrapa en contradicciones, en emociones encadenadas. Ríe y llora, pues las lágrimas son gotitas de nostalgia del pasado. Mantenemos los recuerdos en un lugar accesible para, de vez en cuando, enfrentarlos, revivirlos y que salgan más reforzados.

¡Sé feliz, te echo muchísimo de menos! ¡Te quiero!

P. D.: Deseo que te guste el manuscrito y que con tus opiniones puedas enriquecerlo.”